

El fusil y la manquera.

("Las Noticias", Barcelona, (noviembre 1899)

El fusil y la manquera

Es un hecho mil veces comprobado el de que quien se ha acostumbrado á llevar con marcial paso el fusil al hombro, difícilmente se allana después á encorvarse á la manquera. El que ha gustado los riesgos y aventuras de la guerra, suspira por ellos en medio de la paz.

Incitante las mismas ideas corrientes. Brilla atrayendo las miradas la acción explosiva, el acto ruidoso que se destaca de la mancha ordinaria de la vida, pero no el lento sacrificio, callado, humilde, la acción ditusa, el heroísmo continuado de quien consume la vida en el trabajo cotidiano. Las hazañas de una acción de guerra son mucho más conspicuas que la obscura siembra en el campo de labor. Se oye el resonante galopar de los corceles, pero no el paso mudo de los bueyes lentos que trillan la miés.

Se habla mucho de los *trabajos* y penalidades de la guerra, pero se hace poco notar que el hombre sufre los mayores *trabajos* con tal de escapar al trabajo, y la guerra no es trabajo, sino más bien escuela de holganza. Tiene mucho del juego.

No hay más que fijarse en la existencia de tantas y tantas tribus salvajes, que viven en perpetua guerra, saqueándose unas á otras. Si al salvaje habituado á la vida aventurera de las algaradas y escaramuzas, á los trabajos y peligros de la guerra, le sometéis á un trabajo regular languidecerá pronto y hará cuanto pueda por escaparse y volver á su inseguridad primera. Ha sido menester la esclavitud para arrancar al hombre á la vida guerrera y reducirle al trabajo regular. Y la civilización no es más que una esclavitud voluntaria y convertida en verdadera libertad, en la libertad humana de la ley, y no en la libertad animal de la guerra.

Pero ha surgido la antinomia mayor de los siglos, el más monstruoso obstáculo al progreso: la guerra civilizada, ó que por lo menos así se llama. Es un válvula de escape de la animalidad, cuya purificación es al obra del progreso.

La guerra tiene encanto, porque con sus trabajos nos exime del trabajo, manteniéndonos, en una forma ú otra, del botín; tiene encanto porque nos alivia del peso de una educación secular dando respiro á nuestro



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

En el finil y la manera.

2

atávico salvajismo. En una válvula de seguridad de los instintos antisociales.



En bre De febrero
y Noviembre
de 1899

Nunca olvidaré la estupefacción que á uno de esos repatriados hubo de causarle el que, al decirme que no había otro modo de hacer la guerra que el que llevaba Weyler le dijera yo que antes que eso, no hacer la guerra, antes que los reconcentrados, la independencia.

Replicóme á esto que no era tal solución cosa del general en jefe, que habia ido á hacer la guerra y no á otra cosa, y cuando le contesté á esto, que tampoco es la absolución ó el indulto del reo cosa del verdugo, y que, sin embargo, rechazan al verdugo todos, ¡allí fué ella! Habia que oírle.

Corroboración de los atávicos instintos de nuestro salvajismo originario y horror al trabajo, son los principales efectos pe-

dagógicos de la última guerra sobre aquellos de nuestros campesinos, que tuvieron la desgracia de ser llevados, como corrieros, á ella.

Para todos esos héroes que de allí nos han venido, es ahora cuando empieza la vida del verdadero heroísmo.

Siempre que de héroes se habla, me acuerdo de uno, de un pobre hombre que durante la última guerra civil entró, llevando un parte, en una plaza sitiada, en que me encontraba yo entonces. Fué festejado y aclamado; se le concedieron grados y honores, y murió algunos años después, pero... ¡en qué estado! Habia que ver cómo amenizaba el recuerdo de su heroísmo.

Miguel de Unamuno.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

1.5.2/238